

HÉCTOR GONZÁLEZ
Madrid

De entre todas las personas que entregan su tiempo y su esfuerzo en cuidar a quienes lo necesitan, hay un colectivo especialmente olvidado e invisibilizado: las trabajadoras sociosanitarias. Trabajadoras esenciales que cada día atienden en sus domicilios a las personas mayores y dependientes que no pueden valerse por sí mismas; que asisten, acompañan, ayudan y, en muchas ocasiones, ven la soledad de los abandonados por la sociedad. Trabajadoras - porque en su inmensa mayoría son mujeres - que siguieron haciendo su labor durante la pandemia, Filomena y el resto de los 365 días del año. Y que lo seguirán haciendo, a pesar de la precariedad, las malas condiciones de trabajo, el abandono institucional y la falta de reconocimiento social.

«Mi trabajo es precioso, ayudamos a personas que lo necesitan», asegura Isabel Arrabal, trabajadora del Servicio de Atención Domiciliaria desde hace casi 53 años y delegada de CGT. Sin embargo, tanto ella como muchas de sus compañeras están quemadas con lo que consideran una «degradación» paulatina del servicio, que ha pasado de ser una labor social imprescindible a un «negocio» en manos de empresas privadas ajenas a los cuidados y que tratan a las personas como «clientes».

Y es que la atención domiciliaria es un servicio público, dependiente tanto de la Comunidad de Madrid como del Ayuntamiento, subrogado a una serie de empresas privadas que se encargan de su gestión y que funcionan mediante un sistema de copago porcentual según el nivel de

Las trabajadoras sociosanitarias claman contra su precariedad

Denuncian las malas condiciones que padecen en un servicio ahora privatizado

renta. Compañías que, tal y como denuncian las trabajadoras, parecen «más preocupadas en facturar que en el bienestar de las empleadas y de los usuarios». «Nos han machado, cuando éramos las más felices del mundo ayudando a la gente», lamenta Lola Villarrubia, que a sus 65 años y tras más de 30 trabajando, actualmente está incapacitada por lesiones.

En la misma situación está Asunción Sánchez, quien a sus 59 años arrastra un importante historial de lesiones tras años de trabajo físico de lunes a domingo: fractura de vértebras, tendinitis calcificante, bursitis, etc. Todas ellas coinciden en reclamar el reconocimiento de enfermedades profesionales, una realidad ausente en su sector. «Cuando te quejas, te dicen que es cosa de la edad y te mandan a la Seguridad Social», explica Lola, que antes de la incapacidad ha pasado varios años yendo a trabajar a diario con parches de fen-

tilo para el dolor. Además del reconocimiento de enfermedades, tampoco entienden que no se les conceda el factor reductor en la jubilación. «¿Cómo voy a poder seguir ofreciendo cuidados a los 67 años, si lo que necesito es que me cuiden a mí?», cuestiona Isabel.

Y todo ello en unas condiciones laborales muy cuestionables, con sueldos mínimos, horas extra no remuneradas, horarios irregulares, sistemas de fichaje que no tienen en cuenta los desplazamientos, falta de información sobre los usuarios, escasez de medios materiales e inseguridad. «Antes íbamos dos perso-

«Nosotras somos tan esenciales como el resto del personal sanitario», asegura Judit

nas a los domicilios, pero ahora solo va una, con los riesgos que implica», cuenta Asun. Entre otras cuestiones, estas trabajadoras hablan de situaciones delicadas con personas con problemas de salud mental, faltas de respeto de usuarios y familiares que las tratan como «limpiadoras» o les ponen a hacer recados como «sacar al perro».

Al pie del cañón

Lola señala como responsables de esta situación a la Comunidad, el Ayuntamiento y las empresas prestadoras del servicio. «Lo han convertido en un servicio de limpieza», critica, «mientras muchas personas que de verdad lo necesitan se mueren esperando». Las condiciones son las que son «porque a nadie le interesa nuestro trabajo», añade Isabel. No obstante, apostilla Judit, «somos tan esenciales como el resto del personal sanitario». De hecho, su trabajo requiere una titulación con un coste elevado para muchas de las trabajadoras, que en su mayoría son mujeres de origen extranjero de las que «se aprovechan de su necesidad», reconocen las cuatro.

Isabel y Judit siguen al pie del cañón, trabajando y luchando por sus derechos; mientras que Lola y Asun, retiradas por su incapacidad, continúan en los comités sindicales para pelear por sus compañeras. «¿Quién cuida a quienes cuidan?», se pregunta Isabel, antes de exponer la gran reivindicación que comparten todas ellas: «¿Si hacemos un trabajo social, por qué se subroga a empresas privadas que nada tienen que ver con los cuidados?». «Queremos ser empleadas públicas» y que «se nos reconozca como merecemos», añade Judit. ■